

## Capítulo V.

Regreso de D. Fernando Cortés a España, y su muerte.—Llegada de Fr. Bartolomé de las Casas, del visitador Tello de Sandoval y de otro falso visitador, llamado Vena.—Expedición formada en Veracruz contra la Florida.—Arribo de los visitadores Valderrama, Carrillo y Muñoz.—Invasión del pirata Juan Aquines Acle.—Arribo de los primeros religiosos de la Compañía de Jesús.—Establecimiento de las alcabalas.—Traslación de la Villa de Veracruz al lugar que hoy ocupa.—Concédensele los privilegios de ciudad y honores de capitania general de provincia.—Incéndiase una gran parte de la nueva ciudad.—Creación de la armada de varlovento en Veracruz.—Piratas y contrabandistas en el golfo.—Recibimiento hecho al virrey marqués de Escalona en 1640.—Arribo del P. D. Juan de Palafox y Mendoza.—Nombra la ciudad de Veracruz por su patrono a San Sebastián.—Arrendamiento de las alcabalas.—Aumentanse los piratas en el golfo de México.—Invasión de los piratas Nicolás Agramont y Lorenzo Jácome o Grahán, llamado vulgarmente **Lo-rencillo**.—Expedición formada en Veracruz para reconocer las costas del seno mexicano.—Aumentase el número de piratas procedentes de la isla de Santo Domingo.—Expediciones formadas en Veracruz para atacar dicha isla, y para fundar el presidio de Panzacola.—Establécese en Veracruz una factoría francesa para el asiento de negros esclavos, y luego otra inglesa.—Aumentase la armada de varlovento.—Epidemia de viruelas.—Bendición de la Parroquia.—Establecimiento de una congregación de esclavos del Santísimo Sacramento.—Primer proyecto para la construcción de la muralla y baluartes que circundan la ciudad.—Pasa la armada de barlovento a situarse en la Habana.—Celébrase como patrona de la Nueva España a Nuestra Señora de Guadalupe.—Preparativos de defensa en Veracruz con motivo de la ocupación de la Habana por fuerzas inglesas.—Arribo del teniente general D. Juan de Villalba.—Establecimiento del estanco del tabaco.—Expulsión de los jesuitas.—Llegada de tropas de España.—Aumentanse las fortificaciones en Ulúa y Antón Lizardo.—Reúnese una junta de guerra en San Juan de Ulúa.—Cesa el arrendamiento de las alcabalas.—Temores

de que fuese invadida la plaza de Veracruz por tropas inglesas.—Establecimiento del resguardo de rentas.—Creación del sistema de intendencias.—Establecimiento de una compañía de seguros marítimos.—Llegada del virrey conde de Revillagigedo.—Construcción de buques en Tlacotalpan.—Fiestas para la proclamación del rey D. Carlos IV.—Establecimiento de tres buques guardacostas.—Principio de la grande obra para conducir a Veracruz las aguas del río de Jamapa.—Aumento de un correo semanario de México a Veracruz.—Origen del método que siguen actualmente los aguadores para conducir el agua a las casas. Establecimiento del primer tribunal del consulado.—Nuevos temores de invasión de tropas inglesas.—Permiso para que entrasen buques neutrales en el puerto de Veracruz durante la guerra.—Establecimiento de una nueva compañía de seguros marítimos.—Proyecto para la destrucción o abandono de la ciudad.—Principio de la carretera que conduce de Veracruz a Perote.—Introducción del pus vacuno.—Primer periódico que se publicó en Veracruz.—Plan formado por el Virrey D. José de Iturrigaray para la defensa de este puerto, con motivo de los temores que había de que fuese atacado por fuerzas inglesas.—Disgusto que causaron en el vecindario y autoridades de Veracruz, las providencias que con tal objeto dictó aquel virrey.—Progresos que había hecho esta ciudad hasta 1807.—Noticia de la población general de la Nueva España en la misma época, y de la particular de Veracruz.—Caminos.—Policía.—Establecimientos de beneficencia.—Instrucción pública.—Gobierno político y municipal.—Guarnición militar.—Oficinas y empleados públicos.—Administración de justicia.—Clero secular y regular.—Conclusión.

1536.-1807.

**A**UNQUE por la distribución que he dado a esta obra, el presente capítulo debe abrazar el mayor período de la historia de Veracruz, no será por ésto tan extenso como pudiera suponerse. Siguiendo aquella población, durante los doscientos sesenta y tres años que en él me propongo recorrer, el curso lento y monótono de la colonia a que pertenecía, muy pocos son los sucesos que vinieron a alterar la paz y tranquilidad que disfrutó casi sin interrupción desde la conquista hasta el día en que invadida la España en 1808 por los ejércitos vencedores de Napoleón, y amenazado de muerte el poderoso trono fundado por los reyes católicos y por Carlos V, asomó en todos los pueblos his-

pano—americanos el espíritu de independencia, que había de dar por resultado a aquella nación la pérdida de sus más ricas posesiones en el continente de Colón.

Hasta el momento en que se anunció esta época de grandes conmociones y trastornos para todos los pueblos que hablaban el idioma castellano en el antiguo y el nuevo mundo, si se exceptúan las ceremonias con que eran saludados en Veracruz los virreyes de la Nueva España, tanto a su arribo de la metrópoli cuanto a su regreso, y las festividades con que se celebraba el advenimiento al trono español de algún nuevo rey, los días de sus cumpleaños, o el nacimiento de algún príncipe o princesa, apenas se encuentra uno que otro hecho que perturbase el profundo reposo en que por espacio de cerca de tres siglos vivieron los habitantes de aquella población, cuya sociedad, valiéndome de las elocuentes palabras de uno de nuestros más ilustrados escritores, “marchaba de esta manera en silencio de generación en generación, sin que ningún otro pueblo oyese siquiera el ruido de sus pisadas.”

Por una consecuencia natural de ese estado de quietismo y de aislamiento en que Veracruz, lo mismo que todas las poblaciones de las colonias españolas en América, permaneció sepultada hasta los primeros años del siglo actual, no debe esperarse que su historia de esta época ofrezca grande interés. Ella, como se verá en el curso de esta narración, no presenta otro espectáculo sino el de un pueblo que, aunque favorecido desde su fundación con el monopolio del comercio entre la Nueva España y su metrópoli, no teniendo en sí otro elemento alguno para engrandecerse, es claro que no podía prosperar sino a medida que fuese aumentando el movimiento mercantil entre ambos países. Así es que, limitado de esta manera aquel puerto a esperar únicamente su futuro engrandecimiento del progreso que sucesivamente fuesen teniendo en este suelo la explotación de sus riquezas naturales y los consumos de los frutos y manufacturas de Europa, lo cual no podía acontecer sino a medida que

fuese aumentándose en él la población europea, Veracruz tenía que seguir forzosamente la misma marcha pausada y gradual que caracterizó la existencia de esta colonia, y que es el verdadero origen de esa apatía e indolencia que por desgracia se nota hasta el día en la generalidad de sus habitantes.

Sin embargo, si bien es cierto que por tales razones no se hallarán en esta parte de la historia de aquella ciudad, ninguna de esas grandes acciones que tanto ilustran los anales de la especie humana en otros países, y que sólo pueden tener lugar en aquellos pueblos regidos por leyes sabias y justas, donde los hombres han podido emplear libremente su inteligencia y su valor para conmovier y afianzar todo lo conducente a su bienestar y prosperidad, ella bastará al menos para satisfacer esa curiosidad natural que hay siempre de conocer, no ya únicamente los grandes acontecimientos políticos ocurridos en una población, sino también todos aquellos hechos que en el orden social y administrativo se han sucedido en ella, según ha ido aumentando y regularizándose la misma población, por cuanto que esos hechos son los que explican de la manera más satisfactoria el origen de su carácter y costumbres particulares.

Con el objeto de dar mayor claridad a esta reseña de una época tan dilatada, y evitar la confusión que ocasionaría, siguiendo únicamente un orden cronológico, el presentar aglomerados en ella todos los hechos de que tengo noticia, referiré en primer lugar aquéllos que no ofrecen para la ciudad más que un interés puramente histórico, y en seguida entraré en la descripción de los progresos que en la misma época había hecho ya en su población, en la formación de sus edificios, en su industria y comercio, y por último, en todos los ramos de su administración local. Esta separación la considero tanto más necesaria en este capítulo, cuanto que debiendo él comprender el período en que verdaderamente fué organizada aquella población, hasta llegar a su más alto grado de prosperidad, es importante conocer bien los medios que la condujeron a aquél estado,

para poder apreciar debidamente su actual situación, como resultado de las vicisitudes que después ha sufrido.

En el capítulo anterior hemos visto todos los acontecimientos que ocurrieron en las payas de Veracruz hasta el arribo del primer virrey de la Nueva España; y ya que en la narración de aquellos sucesos he presentado una noticia de todos los pasos dados allí por D. Fernando Cortés desde su desembarco hasta su regreso del viaje que emprendió a la península, una vez terminada la conquista de ésta rica colonia, referiré aquí brevemente, antes de pasar adelante, los últimos hechos de su vida, sin temor de que ésto pueda tomarse por una digresión extraña al objeto de estos apuntes, supuesto que se trata del hombre extraordinario a quien aquella ciudad debió su fundación.

Después de permanecer Cortés en estos países muy cerca de diez años, dedicado principalmente a varias especulaciones mineras y agrícolas, así como a algunas expediciones marítimas en el océano Pacífico, entre las que se cuenta la que penetró en el golfo de Californias, cuyo punto es por esta razón conocido también con el nombre de **Mar de Cortés**, y habiendo tenido por último diversos choques desagradables con el virrey Mendoza, en los que creyó altamente ultrajada su autoridad, determinó alejarse de nuevo de este suelo, que no debía volver ya a ver jamás, y en el año 1540 se embarcó en Veracruz con dirección a España.

Al siguiente año de su arribo a la península, acompañó al Emperador Carlos V en la expedición que éste monarca hizo a Argel, donde tuvo Cortés el disgusto de ver que no se le pidiera su opinión cuando se resolvió abandonar aquella malograda empresa. No obstante esta muestra de desprecio, que le fué bastante sensible, continuó Cortés en España solicitando el despacho de los dos principales negocios que llevaba por objeto en su viaje, que eran el cobro de los gastos hechos en las primeras expediciones que dirigió a las costas del Pacífico y la decla-

ración real acerca de las dudas que habían suscitado las autoridades de México, sobre el modo con que debían contarse los vasallos que antes le habían sido concedidos por la corona; más viendo que todos sus esfuerzos habían sido vanos durante siete años, y que en el curso del juicio que sobre ésto se entabló en la corte, se le trataba como a cualquier litigante ordinario, menospreciándose todos los grandes servicios que había hecho a su patria, dispuso alejarse nuevamente de ésta, y con tal objeto se dirigió a Sevilla, donde fué atacado de una fuerte disentería, de la cual falleció en el Castillejo de la Cuesta, lugar distante dos leguas de aquella ciudad, el día 2 de Diciembre de 1547, a la edad de sesenta y tres años.

Tal fué el término de este célebre caudillo, cuyo nombre lo mismo que los de Colón y de Pizarro, vivirá eternamente en la historia del continente americano, y muy particularmente en la de México.

Algunos años después de su muerte, y en cumplimiento de su última voluntad, fueron conducidas sus cenizas a este antiguo teatro de sus glorias, depositándose en una caja en la iglesia de San Francisco de Texcoco, donde se conservaron hasta el mes de Febrero de 1629, en que fueron conducidas y sepultadas con gran pompa y solemnidad, en unión de las de su nieto, D. Pedro, que falleció en México, en la capilla mayor del convento de San Francisco de esta capital. Allí permanecieron los restos del conquistador hasta el día 2 de Julio de 1794, en que fueron trasladados a la iglesia de Jesús, anexa al hospital de este nombre que él mismo dejó fundado a su costa en esta ciudad, donde se conservaron hasta la noche del 15 de Septiembre de 1823, en la que por temor de que el pueblo, fuertemente excitado contra aquellas cenizas, cometiese con ellas un atentado, fué extraída secretamente de aquel lugar la caja que las contenía, disponiendo de ella el conde D. Fernando Luchessi, que se hallaba a la sazón en México como apoderado del duque de Monteleone, descendiente de Cortés.

De los nueve hijos que éste dejó a su muerte, cuatro de los cuales eran habidos en legítimo matrimonio y cinco bastardos, el mayor de los primeros, D. Martín, que fué el segundo marqués del Valle, vino a México en el año 1562, después de haber obtenido en España un fallo favorable acerca de los negocios que dejó pendientes su padre; pero habiendo sido arrestado por orden de la real Audiencia, en unión de sus dos hermanos bastardos D. Luis y D. Martín, el 16 de Julio de 1566, a consecuencia de una conspiración que no sin fundamento se supuso tramaba para apoderarse del mando de esta colonia, regresó el mismo año a la península en compañía del primero de sus referidos hermanos, dejando encargada la administración de sus bienes, durante su ausencia, al segundo, D. Martín, a quien el visitador Muñoz, hombre de funesta celebridad en la historia de México, por las crueldades que ejecutó en el corto tiempo de su visita, hizo sufrir luego los más duros tormentos, no obstante los fueros que disfrutaba como caballero de la distinguida orden de Santiago. Por la muerte de D. Martín en España, recayó luego el título y los grandes bienes del marquesado del Valle en su hijo D. Pedro quien vino algún tiempo después a establecerse en la ciudad de México, donde falleció, como queda dicho antes, el día 30 de Enero de 1629, concluyendo con él la descendencia por línea masculina del conquistador. (1)

Pasando ahora a referir los sucesos que tuvieron lugar en la ciudad de Veracruz y sus inmediaciones, desde la fecha en que termina el capítulo anterior, esto es, desde el establecimiento del gobierno virreinal en la Nueva España, si bien no podré ser aquí tan minucioso como lo he sido en aquél, indicaré al menos todos los acontecimientos de que tengo noticia, siguiendo en

---

(1)—En la iglesia de San Francisco de Veracruz, como véremos en el capítulo VIII, donde debo hacer una descripción de los edificios públicos de la ciudad, se halla sepultada Doña Angela Cortés y Arellano, biznieta del conquistador, que falleció allí el 18 de Junio de 1663.

esta parte de mi narración el mismo método que me propuse para escribir toda esta obra, cual es el de presentarlos sencillamente en el orden en que fueron ocurriendo, sin hacer sobre ellos otras explicaciones que las muy indispensables para dar a conocer las causas que los originaron y sus inmediatas consecuencias. Entre los sucesos de esta época, se hallarán sin duda algunos que no pertenecen exclusivamente a la historia particular de Veracruz, como son el tránsito por allí de ciertos personajes, y otros de igual naturaleza; pero he creído conveniente consignarlos en estos apuntes, así por el enlace que tienen con la historia general de la colonia de Nueva España, de la que aquella ciudad era entonces una fracción tan importante, como por dar mayor interés a este período tan vacío de acontecimientos.

El primero de esos sucesos que encuentro digno de particular mención en esta crónica, por tratarse de una persona tan notable en la historia americana, es el arribo del virtuoso dominicano Fr. Bartolomé de las Casas, quien, guiado del celo infatigable que manifestó siempre en favor de los naturales del Nuevo Mundo, y sabedor de los abusos que no obstante las repetidas Ordenes que a su favor habían dictado los reyes de España se cometían con ellos en México, vino a aquel puerto el año 1539, y después de haber obtenido del virrey D. Antonio de Mendoza que no enviase soldados a los diversos puntos de esta colonia donde no habían penetrado aún los españoles, sino misioneros religiosos que con sus virtudes redujeran a los indios, se dirigió a su obispado de Chiapas.

En 1544 llegó a Veracruz el visitador Lic. Francisco Tello Sandoval, inquisidor de Toledo, enviado por Carlos V con el objeto de hacer que se cumpliesen en México las diversas disposiciones que anteriormente había dictado, para corregir los malos tratamientos que sufrían los indios por parte de los dueños de encomiendas o repartimientos, y que según los informes dados por el P. las Casas, estaban sin observancia. Para el des-

empeño de esta comisión, permaneció Tello de Sandoval en la colonia hasta 1546, en que, concluída aquélla, regresó a la península.

A aquél enviado se siguieron después otros con el carácter de visitadores, y este sistema adoptado por el gobierno español de enviar de tiempo en tiempo a sus colonias personas de su confianza para que le informasen de cuanto observaran en ellas y corrigieran todos los abusos que encontraran, así como el respeto que a tales embajadores se tributaba por las autoridades, y los no pequeños obsequios que les hacían todos cuantos tenían algo que temer de su visita, dió motivo a que un bribón, de apellido Vena, se presentase en Veracruz el año 1550, un mes antes de que llegara el nuevo virrey D. Luis de Velasco, vendiéndose por visitador. Con este falso título pasó a México, donde fué recibido y obsequiado como correspondía a tan alto empleo; y aunque tan luego como se supo en esta capital el arribo del nuevo virrey a Veracruz, se puso en camino hacia este puerto, con el pretexto de ir a felicitarlo, descubierta luego su impostura, fué arrestado en Cholula por orden de la Audiencia, y conducido a México, donde lo despojaron de todos los regalos que había recogido, y lo pasearon en seguida por la ciudad sobre una bestia de albardón, publicando el pregonero su delito de embaidor, así como la pena de cuatrocientos azotes y diez años de galeras a que había sido condenado.

En 1559, a consecuencia de las órdenes comunicadas al virrey Velasco por el monarca español D. Felipe II, quien deseaba aumentar sus dominios en América con la adquisición de la Florida, no obstante los duros reveses que antes habían sufrido las dos expediciones que con el mismo objeto se habían dirigido a aquél, una de ellas al mando del desgraciado Ponce de León, se aprestó en Veracruz una nueva expedición, compuesta de trece naves y dos mil hombres, a las órdenes del general D. Tristán de Acuña. Con el objeto de activar el despacho de esta armada, y de proporcionarle todos los auxilios necesarios, bajó el

referido virrey a aquél puerto, donde permaneció hasta que la vió salir hacia su destino, cuyo acto parece que fué muy solemne, habiendo concurrido a la playa una gran parte de la población para presenciar el embarque, y entusiasmar a la gente con la esperanza de un próximo y seguro triunfo. Sin embargo, esta nueva expedición, apesar del entusiasmo de los que la componían, y de los recursos con que contaba, fué a estrellarse, como las anteriores, en el valor de los indios floridanos; y aunque el virrey Velasco, temiendo siempre que sufriese un contratiempo, le mandó después algunos refuerzos con el capitán Biedma y Angel Villafaña, regresó luego a Veracruz, con gran pérdida de gente. Más tarde, teniendo noticia el mismo virrey de que algunos franceses intentaban fundar una colonia en aquel punto, mandó al jefe de escuadra Meléndez de Valdés para impedirlo.

En 1563 llegó a aquel puerto, como visitador de la Nueva España, el Lic. Valderrama, quien por su parcialidad a favor de los españoles contra los indios, y por haber duplicado a éstos el tributo de dos reales al año que antes pagaban, adquirió el renombre de **molestador de los indios**. Cuatro años después, en 1567, vinieron también a Veracruz, con igual carácter, los Licenciados Carrillo y Muñoz, de los cuales, el último adquirió tan triste renombre en la historia de México, así por su crueldad, como por la muerte violenta que tuvo a su regreso a la corte de España, a consecuencia de la amarga y lacónica reconvencción que le hizo Felipe II, cuando se le presentó a darle cuenta de su embajada. Aquellos dos letrados, además de las facultades comunes a los visitadores, trajeron la misión especial de averiguar y castigar a los culpados en la conjuración del marqués del Valle, hijo de Cortés, y también la de encargarse del gobierno y deponer al virrey marqués de Falces, D. Gastón de Peralta, quien luego que entregó el mando se retiró a Veracruz, donde permaneció hasta el año siguiente, en que regresó a Es-

paña en la misma flota en que se embarcaron los que vinieron a deponerlo.

El día 14 de Septiembre de 1568, se apoderó del islote de Sacrificios un pirata, a quien algunos historiadores dan el nombre de **Juan Jawen**, y otros el de **Juan Aquines Acle**, dominando en seguida la antigua villa de Veracruz, para lo cual no encontró resistencia alguna, por no haber allí fuerzas suficientes para defenderla. Este acontecimiento, que puso a aquel vecindario a merced de tan inesperado huésped, no fué de larga duración, pues al día siguiente se presentó a la vista del puerto una escuadra de trece velas, que conducía al virrey D. Martin Henriquez de Almanza, y esto bastó para que abandonara precipitadamente aquel punto. Sin embargo, a pesar del corto tiempo que permaneció allí este pirata, parece que supo aprovecharlo, exigiendo fuertes tributos a sus habitantes, y aún saqueando las principales casas de comercio que entonces existían, pues consta que algunos años después fueron devueltos a la villa por orden del rey los valores que aquél tomó. ¡Raro ejemplo de justicia de parte de un soberano para con una pequeña población, y que puede muy bien considerarse como un reconocimiento solemne de la responsabilidad en que incurre un gobierno cuando descuida la obligación que tiene de hacer efectiva la seguridad de las vidas e intereses de sus súbditos!

En 1572 llegaron a Veracruz los primeros individuos de la Compañía de Jesús, quiénes, como veremos más adelante, al tratarse del establecimiento y progresos de las órdenes religiosas en aquella ciudad, establecieron allí su casa siete años después.

En 1573, según lo afirma el P. Cavo, se dió cumplimiento a la orden que desde 1535 había comunicado Carlos V al virrey Mendoza, para que se estableciesen en la Nueva España las alcabalas; y aunque hubo alguna oposición por parte del comercio de Veracruz y otras poblaciones de la colonia, manifes-